

Funeral se llama la función religiosa compuesta de oficio de difuntos y misa de *requiem*, que se celebra después de enterrado el cadáver, á los ocho ó nueve días en algunas partes, en otras al día siguiente. Y *entierro*... pues ello lo mismo lo está diciendo: el acto de enterrar el cadáver.

Para lo que el protagonista invita al hermano de la difunta es para el entierro, y... las cosas se deben llamar por sus nombres.

¿Qué trabajo cuesta?...

Digo, á Ud. sí la costará trabajo, porque no suele saber los nombres de las cosas; pero, en aprendiéndolos, el mismo trabajo cuesta decirlos bien que decirlos mal.

Y el mismo tiempo se tarda en lo uno que en lo otro.

IX

Literatura hispano-americana.

Con este título ha salido á luz en Madrid un libro, cuyo autor, según se lee en la portada, es «el P. Manuel Poncelis, de la Compañía de Jesús».

¿Quién será el P. Manuel Poncelis?... ¿Será de verdad un padre jesuíta?... ¿Será algún mal intencionado que con esa P. y esa indicación subnominal trate de hacer á la Compañía un flaco servicio?...

Me asaltaron estas dudas conforme iba leyendo las primeras páginas, porque el libro, hablando sin rodeos y sin eufemismos, es malo.

En otro libro peor, pues á todo hay quien gane, escrito para hacer daño á la Compañía de Jesús¹ por un ex-jesuíta despedido y

1 *Los jesuitas por dentro*. Ha sido prohibido por la Congregación del Índice.

académico (dos cualidades de las que cualquiera por sí sola bastaba para que no saliera bueno el libro), se leen al comenzar un capítulo estas palabras:

«Es opinión firme y asentada de algunos, que en la Compañía anda todo á las mil maravillas... Todo lo que nace bajo su influencia é inspiración nace bajo la estrella del acierto. Esto es lo que piensan algunas gentes.»

De esas gentes soy yo.

Lo fui desde muchacho y lo soy todavía, sin ánimo de cambiar de opinión mientras no haya en contra de la expresada más argumentos que la publicación del libro del P. Manuel Poncelis, porque, como se suele decir, una errada... no es caldera.

Y en cuanto á los apasionamientos y los sofismas del otro libro, de los cuales ya su autor se ha laudablemente retractado, tampoco han podido disminuir mi veneración á la Compañía en lo más mínimo.

El caso es que al leer este libro de *Literatura hispano-americana* recordaba yo haber oído á un sabio jesuita con quien me unió desde mi juventud hasta su partida de este mundo un cariño cuasi filial ó cuasi fraternal, pues no acertaría ahora á decir cuál de los dos caracteres predominaba en aquella

amistad verdadera; recordaba haber oído al R. P. Antonio Cabré, mi inolvidable amigo, ponderar las muchas probabilidades, la casi seguridad que había de que los libros de los jesuitas fuesen buenos, por las numerosas precauciones que la Compañía tomaba para que no pudieran ser malos, ó dígase por los muchos requisitos que había necesidad de llenar antes de darlos á la imprenta.

Parecíame haberle oído que lo primero que necesitaba un jesuita que hubiera de publicar una obra era licencia del Superior para comenzar á escribirla, autorización del Rector de la casa para emplear el tiempo en escribir y no en otros ministerios. Después de escrita la obra, necesitaba para imprimirla, á más de la licencia del Ordinario, que todo fiel cristiano há menester, la licencia del Reverendo P. Provincial, que no se concedía sino después de examinado el manuscrito por algún padre muy competente en la materia de que tratara... No sé si decía que en algunos casos se necesitaba también licencia del General...

Y me preguntaba yo según iba leyendo: ¿Cómo se han podido conceder á este P. Poncelis todas aquellas licencias? ¿Qué Rector pudo autorizarle para ponerse á escribir de literatura en lugar de enviarle á la clase de

Retórica á perfeccionarse en el castellano?... ¿Qué Provincial ha podido conceder licencia para imprimir estas 200 páginas de frivolidades y de equivocaciones?...

Porque la verdad es que apenas se puede hallar otra cosa en el libro.

El autor, que, según me informan, es americano, lo cual explica, aunque no disculpa el contenido de la obra, que ha sido escrita en la República Argentina, por más que haya sido impresa en Madrid, comienza forzando la nota de la patriotería ya en la introducción, donde dice que en América ha habido «*ingenios de primer orden* que, dedicados al cultivo de nuestra literatura, *la han hermo-seado y ennoblecido con notables producciones*», sin caer en la cuenta de que con producciones *notables* (generalmente por lo malas) no es fácil ennoblecer ni hermo-sear una literatura donde hay tantas producciones sobresalientes.

Mas, como si lo dicho fuera poco, aun cuando era ya demasiado, añade:

«Los hubo (*ingenios de primer orden*) en la época colonial, y los hay asimismo y no menos notables (*no-menos-no*), en la que podemos llamar contemporánea.»

Pase lo de la época colonial, aunque bien se podría contradecir; porque si, como dice

el refrán, una golondrina no hace verano, tampoco una Sor Juana Inés de la Cruz hace que sea aquella afirmación indiscutible.

Pero lo que de ningún modo puede pasar es lo referente á la época contemporánea, porque en ella los ingenios americanos, en sus relaciones, casi siempre ilícitas, con nuestra literatura, lejos de hermosarla y ennoblecerla, apenas han hecho más que envilecerla y afearla.

Tratando de probar sus afirmaciones, dice el P. Poncelis, con respecto á la primera época, que «no dejaron de brillar, especialmente en las *familias religiosas*, las ciencias y las letras», y que «en los claustros se enseñaba la filosofía y la teología, y se dieron á luz libros admirables de mística y ascética, se cultivó la *historia civil*, política y religiosa, y hasta la natural...» Sí, es cierto; pero todo eso lo hacían los españoles que habían ido á América á predicarla el Evangelio y á civilizarla. ¿Qué tienen que ver en aquellas enseñanzas, ni con aquellos libros, los *ingenios* americanos?...

Y añade el P. Manuel Poncelis:

«Como de ello dan testimonio, *aunque no adecuado*, las *publicaciones* hechas por la prensa de aquellos tiempos, y más aún las *inéditas*, que en nuestros días hombres inte-

ligentes y laboriosos han ido á buscar en el fondo de los archivos...»

El P. Manuel Poncelis puede seguir creyendo que hay *publicaciones inéditas* como claramente lo da á entender en el párrafo copiado, por no conocer bien el idioma en que escribe ni el valor de las palabras *inédito* y *publicación*; pero no puede sacar de las obras científicas ó literarias de los españoles que cristianizaron á América un argumento en favor de su tesis de que América ha producido ingenios de primer orden.

El, sin embargo, continúa en su empeño y dice:

«Los trabajos *tan notables* (¡qué afición tiene el Padre á este adjetivo!) que nos dejaron los misioneros sobre las lenguas de los indígenas, y los estudios de geografía y astronomía con las notas y descripciones topográficas, hidrográficas y orográficas, utilizadas después por los hombres de ciencia, nos ponen de manifiesto la actividad de aquellos espíritus y su amor al *progreso*.»

Pase la palabra, aunque fea, y particularmente impropia en boca de un jesuita, que debe saber de memoria el *Syllabus*. Lo que no puede pasar es el argumento.

Porque los misioneros que nos dejaron trabajos notables y aun excelentes sobre las

lenguas de los indígenas, no eran americanos, sino españoles; y los que hicieron estudios de geografía y astronomía con noticias y descripciones topográficas, hidrográficas y orográficas, como por ejemplo, el Padre dominico Fray Jacinto de Carvajal, que escribió la relación del descubrimiento del río Apure, publicada recientemente en León y consultada poco antes para resolver una cuestión de límites entre Colombia y Venezuela, también eran españoles y no americanos.

Y aquí de la famosa cuarteta de las cajas de cerillas:

«Si se envenena un amante
Por haber perdido el seso,
¿Qué tienen que ver con eso
Los fósforos de Cascante?»

Es decir, ¿qué tienen que ver con esos trabajos excelentes, ni con esos estudios en gran manera dignos de estimación, ni con la actividad de los espíritus de sus autores, los *ingenios* americanos?

Á pesar de eso, el P. Poncelis sigue confundiendo las cosas, y con el afán de demostrar sus exageraciones, dice en otro párrafo:

«Dios, la naturaleza, el amor y la familia tuvieron en uno y otro hemisferio cantores y narradores, si no perfectos en la forma, dul-

ces é inspirados en el fondo, y, ¡cosa rara! (¿á ver? ¿á ver?) frutos del Nuevo Mundo han sido los tres mejores poemas épicos con que se honra nuestra lengua: *El Bernardo*, *La Araucana* y *La Cristiada*.»

¡Qué manera de discurrir!

D. Alonso de Ercilla paso á América, siendo ya hombre, á conquistar aquellas regiones incultas para la corona de España y aquellas tribus salvajes para la fe de Cristo; fué, como otros muchísimos españoles, á derramar su sangre generosa por extender la civilización cristiana. Peleando á este fin contra los salvajes araucanos, compuso, más bien que un poema épico, pues no me parece que tiene *La Araucana* condiciones de tal, un poema heroico, una historia en verso de las mismas hazañas que con sus compañeros iba realizando. Si á esta obra literaria de un español, de un soldado de la conquista, se la puede llamar fruto de América, también se podrá llamar al Santo Evangelio fruto de la obstinación judaica.

El dominico sevillano Fray Diego de Ojeda fué al Nuevo Mundo, á fines del siglo xvi, á continuar la obra civilizadora, siendo ya fraile y fraile de valer, por cuanto se le encargó de regir en Lima los estudios de la Orden. Allí compuso un poema, no sobre ningún asunto

americano, sino sobre la Sagrada Pasión y Muerte de Cristo, como le podía haber compuesto en Sevilla, donde acaso lo comenzara realmente. ¿Qué razón hay para llamar á *La Cristiada* de Fray Diego de Ojeda fruto del Nuevo Mundo?

El ilustre Obispo de Puerto Rico D. Bernardo de Valbuena, español como los anteriores, nacido en Valdepeñas y oriundo de la montaña de León, fué á Méjico siendo todavía joven; allí concluyó sus estudios en un colegio español y con maestros españoles, por supuesto, y allí compuso, no sobre asunto americano, sino sobre asunto español, sobre asunto leonés, su poema *El Bernardo*, que perfeccionó luego acá en la Península, y después en Jamaica y en Puerto Rico, según él mismo declara, y que mandó imprimir en Madrid en 1624. ¿Qué razón hay para llamar á este poema fruto del Nuevo Mundo, que ni le inspiró, ni le prestó argumento, ni contribuyó en manera alguna á su creación, ni fué patria de su autor, sino sólo temporal residencia?...

Pero lo gracioso es que de este argumento sofístico para probar la existencia de ingenios americanos, de primer orden, también, puede decir el P. Poncelis aquello del refrán: «Aunque tuerto, no es nuestro.» Porque, en

efecto, no es suyo, sino de Marcelino Menéndez y Pelayo, que había dicho antes esa misma simpleza, entre otras muchas, en uno de los prólogos de su *Antología americana*.

Inmediatamente después de repetir el descubrimiento de Marcelino, de que «son frutos del Nuevo Mundo» los tres citados poemas, añade el P. Poncelis esto que sigue:

«En vista de lo cual podemos decir que, si no todas las materias, muchas de ellas *debieron enseñarse* en las Universidades, colegios y escuelas establecidas en las diversas colonias...»

Es encantadora la dialéctica de este Padre Poncelis. *En vista de lo cual*, es decir, en vista de que «frutos del Nuevo Mundo han sido los tres mejores poemas épicos con que se honra nuestra lengua», «podemos decir que, si no todas las materias, muchas de ellas *debieron enseñarse* en las Universidades...» También al P. Poncelis debieron enseñarle lógica en la Compañía y se la enseñaron de fijo; mas, por lo visto, no debió de aprenderla, puesto que escribe como si nunca hubiera oído hablar de ella en su vida.

Por eso añade inmediatamente:

«Y algo habían de participar de los conocimientos de tan insignes varones los que vivían en estas tierras, á no ser que les cargue-

mos con el sambenito (¿á quién?) de haber hecho patrimonio exclusivo suyo las ciencias y las letras, con detrimento de los pueblos, como se culpa á los sacerdotes de los egipcios.»

A pesar de este rasgo final de erudición, el párrafo no puede ser más malo.

Porque, comenzando por lo bajero, «como se culpa á los sacerdotes de los egipcios» parece que es «con detrimento de los pueblos»; y luego no se sabe de qué se les culpa, aunque se adivine.

Un poco más arriba queda aquello de «á no ser que les carguemos con el sambenito», lo cual parece referirse, y gramaticalmente se refiere, á los indígenas, á los que vivían en aquellas tierras, que son los que inmediatamente antes figuran en la oración, mientras que la intención del autor es referirlo á los otros, á los insignes varones que habían ido de España.

Y, por último, la consecuencia principal tampoco sale; pues aun cuando, «en vista de haber sido frutos del Nuevo Mundo los tres mejores poemas épicos», pudiéramos «decir que, si no todas las materias, muchas de ellas *debieron enseñarse* (*debieron de* es ahí) en las Universidades, *colegios* y escuelas establecidas en las colonias» (¿colegios establecidas?), y aun deduciendo de aquí que «algo

habían de participar de los conocimientos de tan insignes varones los que vivían en aquellas tierras», con todo, de *participar algo* de los conocimientos ajenos á ser ingenio de primer orden, hay un poco de diferencia.

De manera que, todo cuanto ha dicho hasta aquí el P. Poncelis, resulta inútil para su objeto.

En seguida copia el P. Poncelis, con verdadera satisfacción, según dice, «algunas líneas de un opúsculo de D. Calixto Oyuela, que con el título de *Apuntes de literatura*, anda en manos de los jóvenes estudiantes», donde parece que el que anda en manos de los jóvenes estudiantes (así en casi francés) es D. Calixto Oyuela, y no su opúsculo.

«Mucho—dice Oyuela—se ha declamado y se declama todavía contra España, su régimen colonial y el estado de atraso intelectual en que mantuvo sus posesiones de América; pero, *sin negar parte de la verdad que puedan contener tan insistentes acusaciones...*»

¡Claro! Porque se ha declamado mucho contra España, se anima también el señor Oyuela, que es un mal poeta argentino, á tirar su piedra ó su declamación correspondiente, y copia ó repite la pedrada con verdadera satisfacción el P. Poncelis, ambos aparentando defender á España, pero haciendo

de ella en realidad una defensa bastante parecida á la que hizo Pilatos de Nuestro Señor Jesucristo.

Aunque algo inferior; porque Pilatos siquiera dijo francamente que no encontraba culpa en el Divino acusado, *ego non invenio in eo causam*; mientras que estos otros pilatuelos *no niegan la parte de verdad que pueda haber en las acusaciones* contra España.

O no niegan *parte de la verdad*, que es como dice el Sr. Oyuela, porque le sucede lo mismo que á su paisano el P. Poncelis, es decir, que ni uno ni otro saben el castellano bastante bien para poder decir lo que quieren y no lo contrario.

Al fin, aunque *sin negar parte de la verdad* (¿y negando otra parte?) *que puedan contener*, el Sr. Oyuela y el P. Poncelis dicen que «no se puede hacer coro de todo punto á esas sistemáticas acusaciones», y tratan de atenuarlas un poco.

Pero, ¿saben ustedes por qué?... Por sacar á salvo el prestigio de los «estadistas y hombres de letras insignes (¿las letras?) que surgieron con la guerra de la independencia.»

Porque, naturalmente, si se pondera mucho el atraso en que España tenía sus colonias, se hace muy duro de creer que los primeros revolucionarios, educados en aquellas

colonias, fueran tan estadistas y tan sabihondos como hoy quieren pintarlos.

De manera que únicamente la vanidad americana de Oyuela y del P. Poncelis es lo que les impide *hacer coro de todo punto* á las acusaciones estúpidas de sus hermanos contra la nación caritativa y generosa que les lavó la cara y el alma, les quitó las plumas y el taparrabos y les vistió de personas decentes.

«Bello florón», nada menos que «bello florón» llama el P. Poncelis á la literatura americana contemporánea; «bello florón» que da nuevo brillo y realce á la lengua de la madre patria»...

Quien haya leído los tres tomos de *Ripios ultramarinos* que llevo publicados, ya sabe al poco más ó menos qué brillo y qué realce puede dar á la lengua de la madre patria esa literatura que alaba el P. Poncelis: el mismo realce y el mismo brillo que dan á un rostro hermoso los granos de sarampión ó de viruela.

Añade el P. Poncelis que «aunque *suele decirse* que los escritores americanos no igualan á los peninsulares en la pureza del lenguaje, robustez del verso y algunas otras perfecciones de forma, resaltan no obstante en sus obras *otras cualidades no menos excelentes.*»

No sé qué cualidades serán, como no sea la lujuria; que esa sí, *resalta* en toda la moderna literatura americana.

Yo, que he leído mucho de ella, no he podido encontrar ninguna otra cualidad saliente.

Después de citar á Menéndez y Pelayo, y otra vez á Oyuela, y decir que en Colombia hay críticos *de primer orden* (¡dale con el primer orden!), concluye el P. Poncelis la introducción de su libreo con la amenaza de hacer otro mayor, contenida en estas palabras:

«Más bien que estudio hacemos *por ahora* una reseña de los principales escritores y sus tendencias literarias, para que los jóvenes tengan algún conocimiento del desarrollo de la literatura en América.»

¡Ay P. Poncelis! Lo mejor que Ud. puede hacer es no escribir más, ni por ahora ni más adelante.

Digo, todavía creo que puede Ud. hacer algo mejor: recoger y quemar lo escrito, y dejar en paz á los jóvenes. Los cuales, á su vez, lo mejor que pueden hacer es no leer nada de lo que Ud. escriba, si se empeña en seguir escribiendo.